

Suplemento de IMPERIO dedicado a la Comarca de BENAVENTE

NUEVA ESPAÑA

IV EPOCA. — Número 1.036
Jueves, 6 de junio de 1963

LA ENTREVISTA SEMANAL

Angel San Juan, encargado de Talleres Nazareth

—La enseñanza industrial llevada a cabo responde al programa oficial de las Universidades Laborales: primer curso de oficialía industrial, que es común a todas las especialidades mecánicas, limado plano, acoplamientos, dominio de lima y apreciación en medidas de la décima de milímetro, con algún ejercicio de ajuste. El próximo curso, que comenzará sobre el 15 de septiembre,



ya habrá especialidades de tornero y ajustador; se avisará con antelación para todo aquel que quiera hacer el ingreso en este Centro.

—¿Cuántos alumnos siguen los cursos?
—Actualmente se cuenta con un total de alumnos de 45 mecánicos y cinco carpinteros.

—A tu juicio, ¿qué es lo que más necesitan en la actualidad los Talleres Nazareth?
—Necesitan colaboración, y mucha, pues sus ingresos son mínimos. Por otra parte, las aspiraciones de este Centro son grandes, pues de él se espera conseguir un "Instituto Laboral". Y no por artículo de lujo, sino porque es una necesidad palpable en nuestra ciudad. Resolvería un problema a la juventud humilde, pues podría labrarse un porvenir sin ascender demasiado a sus padres.

—Entonces, el problema es colaboración sin límites...
—Sí, colaboración de personas de buena voluntad, tanto económica como moralmente o intelectual. Y formar un clima propicio para que esto que hoy es proyecto se convierta en realidad, y podamos contar en nuestra ciudad benaventana, en fecha próxima, con el análogo "Instituto Laboral".

—¿Algo más?
—Pues que el Centro de Formación Profesional "Talleres Nazareth" está funcionando con los mejores deseos de trabajo y formación para una juventud bien formada y dirigida. Y que esperamos, en el próximo curso, un lleno total en nuestros talleres...

—¿Que así sea. CUBICHI

—¿Crees que Benavente, por su categoría y por su amplia zona comarcal, necesita un Estadio en condiciones, donde la juventud pueda practicar, además del fútbol, baloncesto, balonmano, atletismo, etc.?

—Es un hecho palpable el que Benavente necesita un Estadio por su categoría como ciudad y por la amplitud de su zona; se resolvería un problema al llevar a cabo su construcción, pues si hoy día son tan escasas las competiciones, es precisamente por esa falta: como consecuencia, el poco amor al deporte es latente en nuestra ciudad, son pocos los que lo practican y sin nadie que les dirija, ocupándose la mayoría de los jóvenes en otras diversiones menos sanas.

—¿Lugar ideal para su instalación?
—No hay ninguno tan a mano y que reúna las condiciones requeridas, a más de ser un lugar delicioso, como la Pradera de la Fuente Mimeral.

—Y ahora, cambiando el tercio deportivo por el de la técnica, ¿cómo se portan los aprendices de los Talleres Nazareth?
—En la cuestión de enseñanza, cualquiera que sea, hay de todo, buenos, medianos y, ¡por qué no!, también malos; lo único que se trata es de hacer selección, cosa que se ha ido haciendo durante el año y que se hará al final del curso, a últimos de este mes de junio. En general, no estoy descontento de los frutos obtenidos; aunque se puede pedir aún más, sin olvidar que se está comenzando.

—¿Oficios que se practican?

—En pruebas de fútbol, balonmano, baloncesto, damas, ping-pong y atletismo, obteniendo los Talleres Nazareth 77 puntos. Los Centros participantes han sido: Grupo Escolar "La Encarnación" y Fernando II. El trofeo ganado es una Copa "III Torneo Escolar", cuya dirección ha sido llevada por el Delegado y demás miembros de la O. J. E., y se ha jugado en el campo de la Vega.

—¿En qué consistió el trofeo ganado?
—En fútbol, ganando los dos partidos con un tanteo a favor de nueve goles y ninguno en contra. Teniendo que hacer una mención especial al joven Pedro López, ganador de 150 metros, de 1.000, de salto de longitud y lanzamiento de peso.

—¿Todo un atleta en ciernes el chaval. ¿Quién prepara a los muchachos?
—La preparación física corre a mi cargo, y suele hacerse algo de gimnasia educativa y entrenamiento de fútbol.

—¿Crees que Benavente, por su categoría y por su amplia zona comarcal, necesita un Estadio en condiciones, donde la juventud pueda practicar, además del fútbol, baloncesto, balonmano, atletismo, etc.?

—Es un hecho palpable el que Benavente necesita un Estadio por su categoría como ciudad y por la amplitud de su zona; se resolvería un problema al llevar a cabo su construcción, pues si hoy día son tan escasas las competiciones, es precisamente por esa falta: como consecuencia, el poco amor al deporte es latente en nuestra ciudad, son pocos los que lo practican y sin nadie que les dirija, ocupándose la mayoría de los jóvenes en otras diversiones menos sanas.

—¿Lugar ideal para su instalación?
—No hay ninguno tan a mano y que reúna las condiciones requeridas, a más de ser un lugar delicioso, como la Pradera de la Fuente Mimeral.

—Y ahora, cambiando el tercio deportivo por el de la técnica, ¿cómo se portan los aprendices de los Talleres Nazareth?
—En la cuestión de enseñanza, cualquiera que sea, hay de todo, buenos, medianos y, ¡por qué no!, también malos; lo único que se trata es de hacer selección, cosa que se ha ido haciendo durante el año y que se hará al final del curso, a últimos de este mes de junio. En general, no estoy descontento de los frutos obtenidos; aunque se puede pedir aún más, sin olvidar que se está comenzando.

—¿Oficios que se practican?

El deporte de la caña

RINCON DEL PESCADOR

Por CUBICHI

La jornada dominguera fue de las de agua va y agua viene! Propia para "pescar" media perla de dos kilos y medio. Pero los cañistas, con buen sentido, se quedaron en casita. Son varios los cañistas que

nos han preguntado que cómo van las gestiones de la creación de la sociedad deportiva de pesca en nuestra ciudad. Las gestiones van viento en popa, según afirmación del dinámico secretario y amigo Chas. Y se espera que, brevemente, la nueva sociedad esté en condiciones legales para su funcionamiento.

CANGREJOS QUE NO DAN LA TALLA

El sábado quedó abierta la veda del cangrejo, ese rico crustáceo, ideal para tomar el vermut. Pero no vamos a hablar de su sabor, sino de su tamaño. Es una pena —por no decir vergüenza— que algunos desaprensivos pescadores lleven a sus cesteras, para después venderlos, cangrejos que no "dan la talla" aunque se tome la medida desde sus "bigotes" a la cola. Denunciamos el caso porque es bochornoso y perjudicial para el aumento de esta familia que anda hacia atrás.

Dice la ley de pesca fluvial: "Se restituirán al agua los ejemplares de la fauna acuática que no tengan la longitud reglamentaria". Y la del cangrejo es la siguiente: 0,06 m. Y se entenderá por longitud en los cangrejos la comprendida entre el ojo y la extremidad de la cola extendida. Hay que ser más deportistas, amigos, y dejar que esos cangrejos crezcan hasta ser aptos para "tallarlos" y comerlos...

COLABORACIONES JUVENILES LITERARIAS ANTES Y DESPUES (Cuento)

Enrico era un príncipe despreocupado y vicioso. Gobernaba a su pueblo por medio de favoritos. Estos sólo pensaban en enriquecerse y él en divertirse. Organizaba fiestas que constituían una verdadera provocación, tal era el lujo y despilfarro.

Enrico era tan buen cazador que difícilmente perdía pieza. Hoy, sin embargo, le ocurre algo extraño. Está solo en un claro del bosque, por delante de una hermosa liebre, el procura serenarse y cobrarla, falla de nuevo y lanza su caballo tras ella. Se interna por unas malezas, luego cacha pie a tierra y muy decidido penetra en una hendidura negra y con talaraña. La cueva es más larga y ancha de lo que parece desde fuera, saca su linterna y avanza precavido, pero valiente.

Enrico se arrepiente ya de haber entrado, cuando de pronto nota una claridad que se va acentuando. Corre hacia ella y le parece un sueño lo que ve. El pasadizo desemboca en una amplísima cavidad; allí, ocupándolo todo, un lago plateado y sereno; sus aguas azules como el cielo, transparentes y quietas, tanto que el techo entero se refleja en el fondo con todo detalle. Pasando por ellas como seres ingrátidos unas bellísimas mujeres medio ninfas, medio sirenas. De cada recoveco surge una música dulce y pegadiza.

Enrico quedó embobado contemplando tales maravillas. Luego sintió que la niña más hermosa le hablaba con suavidad, le inerepó por haber violado su recinto, por haber perseguido a una compañera suya disfrazada de liebre y le aseguró que le presentaría al rey de las aguas, pero que en gracia a su juventud intercedería por él. De pronto surgió un remolino fantástico sobre la superficie tersa y las aguas se abrieron para llevarsele. El tuvo la sensación de caminar en el vacío cuando tiempo seguido, luego abrió los ojos y se encontró ante Neptuno, rodeado por fantástica corte, que le rendía obediencia arrabalgando el tridente. La niña se adelantó: "Dios nuestro y de todo lo que hay en el mar. Este es Enrico, príncipe de un pueblo. Es orgulloso y presumido. Ha violado nuestro Lago del Bien, pero es tan joven, señor. Dale una lección y déjale ir."

Neptuno le miró severo y frío, luego dijo a la niña: "Mi frío mensajera; ordenaré que así sea. Le haré ver cuánto mal hace en la tierra y cuánto bien deja de hacer. Sé tú testigo."

Enrico llevaba los ojos abiertos como manzanas. Subió y bajó regias escaleras, palpó columnas esbeltas, recorrió salas pequeñas y grandes, y todo parecía hecho de azúcar. De pronto empezó a ver gente y gente. A muchos hasta le parecía conocerlos: Una mujer fea y anárquica que bostezaba siempre y se recostaba en todos los muebles; a su alrededor, dando alardes los condenados por holgazanes, ricos y pobres. Otra vestida de rojo, con cadenas de hierro insertadas en piedras macizas; tenía los ojos salidos, echaba espuma por la boca y su respiración era jadeante. Las una un letrero en fuego: "Pereza-ira". Luego, un hombre ricamente vestido, embutido en una campana de cristal y ovejudo constantemente un timbre agudo, cuyo sonido parecía decir: "despreocupadooooo"... Luego, otra mujer ojerosa, pálida y hiena de huesos, miraba con ojos huidizos y no estaba nunca quieta. Era la envidia. Después, dos hombres con cara de simios, con ojos saltones y babeando, tirando del palo de una noria. Otros dos condenados a contar piedrecitas para siempre. Eran borrachos y ladrones.

Y así vio condenados y condenados. Todos sufriendo, todos rabando, todos purgando sus pecados. Cuanto más los miraba más conocidos le eran, hasta verse el mismo en cada uno de ellos.

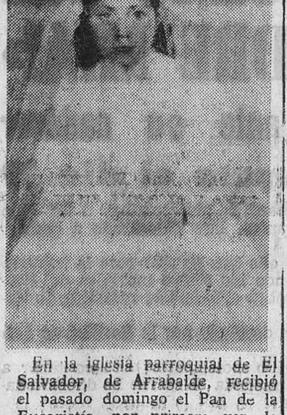
Enrico pensaba y horroraba hacia dentro. ¿Que será de mí? ¿No soy mi pereza, mi envidia, mi despreocupación, mi enfado tonto, mis juergas y mi dejar robar? Me castigarán por todo. ¿Vendré aquí yo también? Le hacia daño todo. Los gritos, los lamentos, los dolores, el rostro severo de Neptuno, todo, todo le dolía y se le clavaba en la carne y le turbaba hasta creerse un condenado más. Señor, babilonio, sicame de aquí, es horrible ver sufrir. Ninguno ha sido peor que yo seguramente. ¿Que haré? ¿Que haré si si fueras amante de mi pueblo? ¿Estaré, entonces, se ego como un clamor enorme y de todos los rincones vinieron voces fuertes de todos los colores repitiendo: Gobierno para los demás. Preocupate del pueblo. Reverencia a Dios. Trabaja. No consentas abusos. Da

PRIMERA COMUNION

En la iglesia parroquial de El Salvador, de Arrabalde, recibió el pasado domingo el Pan de la Eucaristía, por primera vez, la preciosa niña Luisa Ferrero Fernández, hija de nuestro colaborador gráfico don Saturnino Ferrero (Jatas) y de doña María Josefá Fernández.

La pequeña, angelical con su atuendo blanco, se acercó al comulgatorio para recibir a Jesús Sacramento de manos del reverendo párroco de dicha localidad. La acompañaban sus padres y familiares, los cuales se reunieron después en una simpática fiesta.

Reciba Luisita nuestra cariñosa felicitación, con la consiguiente enhorabuena también a los señores Ferrero-Fernández, en tan feliz día.



En la iglesia parroquial de El Salvador, de Arrabalde, recibió el pasado domingo el Pan de la Eucaristía, por primera vez, la preciosa niña Luisa Ferrero Fernández, hija de nuestro colaborador gráfico don Saturnino Ferrero (Jatas) y de doña María Josefá Fernández.

La pequeña, angelical con su atuendo blanco, se acercó al comulgatorio para recibir a Jesús Sacramento de manos del reverendo párroco de dicha localidad. La acompañaban sus padres y familiares, los cuales se reunieron después en una simpática fiesta.

Reciba Luisita nuestra cariñosa felicitación, con la consiguiente enhorabuena también a los señores Ferrero-Fernández, en tan feliz día.

En la iglesia parroquial de El Salvador, de Arrabalde, recibió el pasado domingo el Pan de la Eucaristía, por primera vez, la preciosa niña Luisa Ferrero Fernández, hija de nuestro colaborador gráfico don Saturnino Ferrero (Jatas) y de doña María Josefá Fernández.

La pequeña, angelical con su atuendo blanco, se acercó al comulgatorio para recibir a Jesús Sacramento de manos del reverendo párroco de dicha localidad. La acompañaban sus padres y familiares, los cuales se reunieron después en una simpática fiesta.

Reciba Luisita nuestra cariñosa felicitación, con la consiguiente enhorabuena también a los señores Ferrero-Fernández, en tan feliz día.

En la iglesia parroquial de El Salvador, de Arrabalde, recibió el pasado domingo el Pan de la Eucaristía, por primera vez, la preciosa niña Luisa Ferrero Fernández, hija de nuestro colaborador gráfico don Saturnino Ferrero (Jatas) y de doña María Josefá Fernández.

La pequeña, angelical con su atuendo blanco, se acercó al comulgatorio para recibir a Jesús Sacramento de manos del reverendo párroco de dicha localidad. La acompañaban sus padres y familiares, los cuales se reunieron después en una simpática fiesta.

Reciba Luisita nuestra cariñosa felicitación, con la consiguiente enhorabuena también a los señores Ferrero-Fernández, en tan feliz día.

En la iglesia parroquial de El Salvador, de Arrabalde, recibió el pasado domingo el Pan de la Eucaristía, por primera vez, la preciosa niña Luisa Ferrero Fernández, hija de nuestro colaborador gráfico don Saturnino Ferrero (Jatas) y de doña María Josefá Fernández.

La pequeña, angelical con su atuendo blanco, se acercó al comulgatorio para recibir a Jesús Sacramento de manos del reverendo párroco de dicha localidad. La acompañaban sus padres y familiares, los cuales se reunieron después en una simpática fiesta.

Reciba Luisita nuestra cariñosa felicitación, con la consiguiente enhorabuena también a los señores Ferrero-Fernández, en tan feliz día.

En la iglesia parroquial de El Salvador, de Arrabalde, recibió el pasado domingo el Pan de la Eucaristía, por primera vez, la preciosa niña Luisa Ferrero Fernández, hija de nuestro colaborador gráfico don Saturnino Ferrero (Jatas) y de doña María Josefá Fernández.

La pequeña, angelical con su atuendo blanco, se acercó al comulgatorio para recibir a Jesús Sacramento de manos del reverendo párroco de dicha localidad. La acompañaban sus padres y familiares, los cuales se reunieron después en una simpática fiesta.

Reciba Luisita nuestra cariñosa felicitación, con la consiguiente enhorabuena también a los señores Ferrero-Fernández, en tan feliz día.

PAPA DEL AMOR ANTE EL DIA NACIONAL DE CARIDAD

Innegables motivos ha tenido el mundo entero en estos últimos días para una inconsolable tristeza. El Papa ha muerto. Y con él, este mundo que tanto ha llorado ha sufrido una pérdida irreparable. La muerte de un Papa es un acontecimiento de universales consecuencias y más aún cuando el Papa que se va es como el que se nos ha ido.

A plumas más capaces quizá les fuera dado bosquejar acertadamente el perfil insignie de esta veneranda figura, que ya también ha rendido a la muerte su tributo inevitable. Voces nunca suficientemente elocuentes podrían entonar el gran panegírico que Juan XXIII merece. Yo, en estas líneas, no pretendo tanto. De rodillas ante tanta grandeza, venero y alabo en lo íntimo de mi corazón emocionado y de mi alma agradecida. Pero, con la misma actitud de alabanza y veneración, quiero decir a quienes prodigan interminables y apasionadas alabanzas esta mi apreciación entrañable: sí, Angelo Giuseppe Roncalli fue un hombre grande en el más exigente sentido de la palabra, pero fue eso, solamente eso: un hombre; un hombre elevado a la más alta dignidad y adornado de las más insignes prerrogativas, pero un hombre al fin.

Humana era su carne, que sintió tantas veces el cansancio agotador, que estuvo sometida a una ineludible necesidad de reposo y sustento y a unas mismas leyes vitales, y que en los últimos días de su existir se vio atormentado de terribles dolencias. Humana era también su alma de esclavizada mente y poderosa voluntad; humana y sometida a insuperables limitaciones, hija de un mismo origen y llamada a un mismo destino que la de todos los hombres, con una misma vocación trascendental de salvación, ante la cual fue acosada de unos mismos eternos enemigos y probada por unos mismos sobre naturales obstáculos, siempre, sin embargo, auxiliada por unos invariables medios de santificación y asistida por un inamovible Evangelio. ¿Dónde está, pues, lo extraordinario de este extraordinario hombre?

Cuando en la triste tarde del lunes de su muerte, mientras en la Plaza de San Pedro y en los más remotos lugares del mundo entero el llanto y las oraciones de unas multitudes conmovidas dialogaban fervorosamente con la voz de funerales campanas, el alma del Papa—esa alma de que hemos hablado—se presentaba ante el tribunal divino. Dios la recibió.

Precisamente estamos en vísperas del "Día Nacional de Caridad". Ahora, pues, ante el cadáver, insepulto aún, del que fue nuestro Padre y nuestro Guía, preparémonos para celebrar este día como su recuerdo reclama. Pensemos, sí, pensemos mucho y sintamos muy hondo ese imperativo de la realidad, que viene de Dios mismo, en el cual se resume toda ley y toda norma de salud, de bienestar, de paz, de salvación temporal y eterna. Formemos conciencia de las excelencias.

He aquí, pues, lo admirable de Angelo Giuseppe Roncalli. Él era un hombre como los demás, pero un hombre que amó extraordinariamente. Y ésta es la lección que hemos de aprender de él para ofrecerle así el mejor homenaje y el más eficaz reconocimiento de su vida y de su obra.

Enrico era un príncipe despreocupado y vicioso. Gobernaba a su pueblo por medio de favoritos. Estos sólo pensaban en enriquecerse y él en divertirse. Organizaba fiestas que constituían una verdadera provocación, tal era el lujo y despilfarro.

Enrico era tan buen cazador que difícilmente perdía pieza. Hoy, sin embargo, le ocurre algo extraño. Está solo en un claro del bosque, por delante de una hermosa liebre, el procura serenarse y cobrarla, falla de nuevo y lanza su caballo tras ella. Se interna por unas malezas, luego cacha pie a tierra y muy decidido penetra en una hendidura negra y con talaraña. La cueva es más larga y ancha de lo que parece desde fuera, saca su linterna y avanza precavido, pero valiente.

Enrico se arrepiente ya de haber entrado, cuando de pronto nota una claridad que se va acentuando. Corre hacia ella y le parece un sueño lo que ve. El pasadizo desemboca en una amplísima cavidad; allí, ocupándolo todo, un lago plateado y sereno; sus aguas azules como el cielo, transparentes y quietas, tanto que el techo entero se refleja en el fondo con todo detalle. Pasando por ellas como seres ingrátidos unas bellísimas mujeres medio ninfas, medio sirenas. De cada recoveco surge una música dulce y pegadiza.

Enrico quedó embobado contemplando tales maravillas. Luego sintió que la niña más hermosa le hablaba con suavidad, le inerepó por haber violado su recinto, por haber perseguido a una compañera suya disfrazada de liebre y le aseguró que le presentaría al rey de las aguas, pero que en gracia a su juventud intercedería por él. De pronto surgió un remolino fantástico sobre la superficie tersa y las aguas se abrieron para llevarsele. El tuvo la sensación de caminar en el vacío cuando tiempo seguido, luego abrió los ojos y se encontró ante Neptuno, rodeado por fantástica corte, que le rendía obediencia arrabalgando el tridente. La niña se adelantó: "Dios nuestro y de todo lo que hay en el mar. Este es Enrico, príncipe de un pueblo. Es orgulloso y presumido. Ha violado nuestro Lago del Bien, pero es tan joven, señor. Dale una lección y déjale ir."

Neptuno le miró severo y frío, luego dijo a la niña: "Mi frío mensajera; ordenaré que así sea. Le haré ver cuánto mal hace en la tierra y cuánto bien deja de hacer. Sé tú testigo."

Enrico llevaba los ojos abiertos como manzanas. Subió y bajó regias escaleras, palpó columnas esbeltas, recorrió salas pequeñas y grandes, y todo parecía hecho de azúcar. De pronto empezó a ver gente y gente. A muchos hasta le parecía conocerlos: Una mujer fea y anárquica que bostezaba siempre y se recostaba en todos los muebles; a su alrededor, dando alardes los condenados por holgazanes, ricos y pobres. Otra vestida de rojo, con cadenas de hierro insertadas en piedras macizas; tenía los ojos salidos, echaba espuma por la boca y su respiración era jadeante. Las una un letrero en fuego: "Pereza-ira". Luego, un hombre ricamente vestido, embutido en una campana de cristal y ovejudo constantemente un timbre agudo, cuyo sonido parecía decir: "despreocupadooooo"... Luego, otra mujer ojerosa, pálida y hiena de huesos, miraba con ojos huidizos y no estaba nunca quieta. Era la envidia. Después, dos hombres con cara de simios, con ojos saltones y babeando, tirando del palo de una noria. Otros dos condenados a contar piedrecitas para siempre. Eran borrachos y ladrones.

Y así vio condenados y condenados. Todos sufriendo, todos rabando, todos purgando sus pecados. Cuanto más los miraba más conocidos le eran, hasta verse el mismo en cada uno de ellos.

Enrico pensaba y horroraba hacia dentro. ¿Que será de mí? ¿No soy mi pereza, mi envidia, mi despreocupación, mi enfado tonto, mis juergas y mi dejar robar? Me castigarán por todo. ¿Vendré aquí yo también? Le hacia daño todo. Los gritos, los lamentos, los dolores, el rostro severo de Neptuno, todo, todo le dolía y se le clavaba en la carne y le turbaba hasta creerse un condenado más. Señor, babilonio, sicame de aquí, es horrible ver sufrir. Ninguno ha sido peor que yo seguramente. ¿Que haré? ¿Que haré si si fueras amante de mi pueblo? ¿Estaré, entonces, se ego como un clamor enorme y de todos los rincones vinieron voces fuertes de todos los colores repitiendo: Gobierno para los demás. Preocupate del pueblo. Reverencia a Dios. Trabaja. No consentas abusos. Da

Enrico era un príncipe despreocupado y vicioso. Gobernaba a su pueblo por medio de favoritos. Estos sólo pensaban en enriquecerse y él en divertirse. Organizaba fiestas que constituían una verdadera provocación, tal era el lujo y despilfarro.

Enrico era tan buen cazador que difícilmente perdía pieza. Hoy, sin embargo, le ocurre algo extraño. Está solo en un claro del bosque, por delante de una hermosa liebre, el procura serenarse y cobrarla, falla de nuevo y lanza su caballo tras ella. Se interna por unas malezas, luego cacha pie a tierra y muy decidido penetra en una hendidura negra y con talaraña. La cueva es más larga y ancha de lo que parece desde fuera, saca su linterna y avanza precavido, pero valiente.

Enrico se arrepiente ya de haber entrado, cuando de pronto nota una claridad que se va acentuando. Corre hacia ella y le parece un sueño lo que ve. El pasadizo desemboca en una amplísima cavidad; allí, ocupándolo todo, un lago plateado y sereno; sus aguas azules como el cielo, transparentes y quietas, tanto que el techo entero se refleja en el fondo con todo detalle. Pasando por ellas como seres ingrátidos unas bellísimas mujeres medio ninfas, medio sirenas. De cada recoveco surge una música dulce y pegadiza.

Enrico quedó embobado contemplando tales maravillas. Luego sintió que la niña más hermosa le hablaba con suavidad, le inerepó por haber violado su recinto, por haber perseguido a una compañera suya disfrazada de liebre y le aseguró que le presentaría al rey de las aguas, pero que en gracia a su juventud intercedería por él. De pronto surgió un remolino fantástico sobre la superficie tersa y las aguas se abrieron para llevarsele. El tuvo la sensación de caminar en el vacío cuando tiempo seguido, luego abrió los ojos y se encontró ante Neptuno, rodeado por fantástica corte, que le rendía obediencia arrabalgando el tridente. La niña se adelantó: "Dios nuestro y de todo lo que hay en el mar. Este es Enrico, príncipe de un pueblo. Es orgulloso y presumido. Ha violado nuestro Lago del Bien, pero es tan joven, señor. Dale una lección y déjale ir."

Neptuno le miró severo y frío, luego dijo a la niña: "Mi frío mensajera; ordenaré que así sea. Le haré ver cuánto mal hace en la tierra y cuánto bien deja de hacer. Sé tú testigo."

Enrico llevaba los ojos abiertos como manzanas. Subió y bajó regias escaleras, palpó columnas esbeltas, recorrió salas pequeñas y grandes, y todo parecía hecho de azúcar. De pronto empezó a ver gente y gente. A muchos hasta le parecía conocerlos: Una mujer fea y anárquica que bostezaba siempre y se recostaba en todos los muebles; a su alrededor, dando alardes los condenados por holgazanes, ricos y pobres. Otra vestida de rojo, con cadenas de hierro insertadas en piedras macizas; tenía los ojos salidos, echaba espuma por la boca y su respiración era jadeante. Las una un letrero en fuego: "Pereza-ira". Luego, un hombre ricamente vestido, embutido en una campana de cristal y ovejudo constantemente un timbre agudo, cuyo sonido parecía decir: "despreocupadooooo"... Luego, otra mujer ojerosa, pálida y hiena de huesos, miraba con ojos huidizos y no estaba nunca quieta. Era la envidia. Después, dos hombres con cara de simios, con ojos saltones y babeando, tirando del palo de una noria. Otros dos condenados a contar piedrecitas para siempre. Eran borrachos y ladrones.

Y así vio condenados y condenados. Todos sufriendo, todos rabando, todos purgando sus pecados. Cuanto más los miraba más conocidos le eran, hasta verse el mismo en cada uno de ellos.

Enrico pensaba y horroraba hacia dentro. ¿Que será de mí? ¿No soy mi pereza, mi envidia, mi despreocupación, mi enfado tonto, mis juergas y mi dejar robar? Me castigarán por todo. ¿Vendré aquí yo también? Le hacia daño todo. Los gritos, los lamentos, los dolores, el rostro severo de Neptuno, todo, todo le dolía y se le clavaba en la carne y le turbaba hasta creerse un condenado más. Señor, babilonio, sicame de aquí, es horrible ver sufrir. Ninguno ha sido peor que yo seguramente. ¿Que haré? ¿Que haré si si fueras amante de mi pueblo? ¿Estaré, entonces, se ego como un clamor enorme y de todos los rincones vinieron voces fuertes de todos los colores repitiendo: Gobierno para los demás. Preocupate del pueblo. Reverencia a Dios. Trabaja. No consentas abusos. Da

Enrico era un príncipe despreocupado y vicioso. Gobernaba a su pueblo por medio de favoritos. Estos sólo pensaban en enriquecerse y él en divertirse. Organizaba fiestas que constituían una verdadera provocación, tal era el lujo y despilfarro.

Enrico era tan buen cazador que difícilmente perdía pieza. Hoy, sin embargo, le ocurre algo extraño. Está solo en un claro del bosque, por delante de una hermosa liebre, el procura serenarse y cobrarla, falla de nuevo y lanza su caballo tras ella. Se interna por unas malezas, luego cacha pie a tierra y muy decidido penetra en una hendidura negra y con talaraña. La cueva es más larga y ancha de lo que parece desde fuera, saca su linterna y avanza precavido, pero valiente.

Enrico se arrepiente ya de haber entrado, cuando de pronto nota una claridad que se va acentuando. Corre hacia ella y le parece un sueño lo que ve. El pasadizo desemboca en una amplísima cavidad; allí, ocupándolo todo, un lago plateado y sereno; sus aguas azules como el cielo, transparentes y quietas, tanto que el techo entero se refleja en el fondo con todo detalle. Pasando por ellas como seres ingrátidos unas bellísimas mujeres medio ninfas, medio sirenas. De cada recoveco surge una música dulce y pegadiza.

Enrico quedó embobado contemplando tales maravillas. Luego sintió que la niña más hermosa le hablaba con suavidad, le inerepó por haber violado su recinto, por haber perseguido a una compañera suya disfrazada de liebre y le aseguró que le presentaría al rey de las aguas, pero que en gracia a su juventud intercedería por él. De pronto surgió un remolino fantástico sobre la superficie tersa y las aguas se abrieron para llevarsele. El tuvo la sensación de caminar en el vacío cuando tiempo seguido, luego abrió los ojos y se encontró ante Neptuno, rodeado por fantástica corte, que le rendía obediencia arrabalgando el tridente. La niña se adelantó: "Dios nuestro y de todo lo que hay en el mar. Este es Enrico, príncipe de un pueblo. Es orgulloso y presumido. Ha violado nuestro Lago del Bien, pero es tan joven, señor. Dale una lección y déjale ir."

Neptuno le miró severo y frío, luego dijo a la niña: "Mi frío mensajera; ordenaré que así sea. Le haré ver cuánto mal hace en la tierra y cuánto bien deja de hacer. Sé tú testigo."

Enrico llevaba los ojos abiertos como manzanas. Subió y bajó regias escaleras, palpó columnas esbeltas, recorrió salas pequeñas y grandes, y todo parecía hecho de azúcar. De pronto empezó a ver gente y gente. A muchos hasta le parecía conocerlos: Una mujer fea y anárquica que bostezaba siempre y se recostaba en todos los muebles; a su alrededor, dando alardes los condenados por holgazanes, ricos y pobres. Otra vestida de rojo, con cadenas de hierro insertadas en piedras macizas; tenía los ojos salidos, echaba espuma por la boca y su respiración era jadeante. Las una un letrero en fuego: "Pereza-ira". Luego, un hombre ricamente vestido, embutido en una campana de cristal y ovejudo constantemente un timbre agudo, cuyo sonido parecía decir: "despreocupadooooo"... Luego, otra mujer ojerosa, pálida y hiena de huesos, miraba con ojos huidizos y no estaba nunca quieta. Era la envidia. Después, dos hombres con cara de simios, con ojos saltones y babeando, tirando del palo de una noria. Otros dos condenados a contar piedrecitas para siempre. Eran borrachos y ladrones.

Y así vio condenados y condenados. Todos sufriendo, todos rabando, todos purgando sus pecados. Cuanto más los miraba más conocidos le eran, hasta verse el mismo en cada uno de ellos.

Enrico pensaba y horroraba hacia dentro. ¿Que será de mí? ¿No soy mi pereza, mi envidia, mi despreocupación, mi enfado tonto, mis juergas y mi dejar robar? Me castigarán por todo. ¿Vendré aquí yo también? Le hacia daño todo. Los gritos, los lamentos, los dolores, el rostro severo de Neptuno, todo, todo le dolía y se le clavaba en la carne y le turbaba hasta creerse un condenado más. Señor, babilonio, sicame de aquí, es horrible ver sufrir. Ninguno ha sido peor que yo seguramente. ¿Que haré? ¿Que haré si si fueras amante de mi pueblo? ¿Estaré, entonces, se ego como un clamor enorme y de todos los rincones vinieron voces fuertes de todos los colores repitiendo: Gobierno para los demás. Preocupate del pueblo. Reverencia a Dios. Trabaja. No consentas abusos. Da

Enrico era un príncipe despreocupado y vicioso. Gobernaba a su pueblo por medio de favoritos. Estos sólo pensaban en enriquecerse y él en divertirse. Organizaba fiestas que constituían una verdadera provocación, tal era el lujo y despilfarro.

Enrico era tan buen cazador que difícilmente perdía pieza. Hoy, sin embargo, le ocurre algo extraño. Está solo en un claro del bosque, por delante de una hermosa liebre, el procura serenarse y cobrarla, falla de nuevo y lanza su caballo tras ella. Se interna por unas malezas, luego cacha pie a tierra y muy decidido penetra en una hendidura negra y con talaraña. La cueva es más larga y ancha de lo que parece desde fuera, saca su linterna y avanza precavido, pero valiente.

Enrico se arrepiente ya de haber entrado, cuando de pronto nota una claridad que se va acentuando. Corre hacia ella y le parece un sueño lo que ve. El pasadizo desemboca en una amplísima cavidad; allí, ocupándolo todo, un lago plateado y sereno; sus aguas azules como el cielo, transparentes y quietas, tanto que el techo entero se refleja en el fondo con todo detalle. Pasando por ellas como seres ingrátidos unas bellísimas mujeres medio ninfas, medio sirenas. De cada recoveco surge una música dulce y pegadiza.

Enrico quedó embobado contemplando tales maravillas. Luego sintió que la niña más hermosa le hablaba con suavidad, le inerepó por haber violado su recinto, por haber perseguido a una compañera suya disfrazada de liebre y le aseguró que le presentaría al rey de las aguas, pero que en gracia a su juventud intercedería por él. De pronto surgió un remolino fantástico sobre la superficie tersa y las aguas se abrieron para llevarsele. El tuvo la sensación de caminar en el vacío cuando tiempo seguido, luego abrió los ojos y se encontró ante Neptuno, rodeado por fantástica corte, que le rendía obediencia arrabalgando el tridente. La niña se adelantó: "Dios nuestro y de todo lo que hay en el mar. Este es Enrico, príncipe de un pueblo. Es orgulloso y presumido. Ha violado nuestro Lago del Bien, pero es tan joven, señor. Dale una lección y déjale ir."

Neptuno le miró severo y frío, luego dijo a la niña: "Mi frío mensajera; ordenaré que así sea. Le haré ver cuánto mal hace en la tierra y cuánto bien deja de hacer. Sé tú testigo."

Enrico llevaba los ojos abiertos como manzanas. Subió y bajó regias escaleras, palpó columnas esbeltas, recorrió salas pequeñas y grandes, y todo parecía hecho de azúcar. De pronto empezó a ver gente y gente. A muchos hasta le parecía conocerlos: Una mujer fea y anárquica que bostezaba siempre y se recostaba en todos los muebles; a su alrededor, dando alardes los condenados por holgazanes, ricos y pobres. Otra vestida de rojo, con cadenas de hierro insertadas en piedras macizas; tenía los ojos salidos, echaba espuma por la boca y su respiración era jadeante. Las una un letrero en fuego: "Pereza-ira". Luego, un hombre ricamente vestido, embutido en una campana de cristal y ovejudo constantemente un timbre agudo, cuyo sonido parecía decir: "despreocupadooooo"... Luego, otra mujer ojerosa, pálida y hiena de huesos, miraba con ojos huidizos y no estaba nunca quieta. Era la envidia. Después, dos hombres con cara de simios, con ojos saltones y babeando, tirando del palo de una noria. Otros dos condenados a contar piedrecitas para siempre. Eran borrachos y ladrones.

Y así vio condenados y condenados. Todos sufriendo, todos rabando, todos purgando sus pecados. Cuanto más los miraba más conocidos le eran, hasta verse el mismo en cada uno de ellos.

Enrico pensaba y horroraba hacia dentro. ¿Que será de mí? ¿No soy mi pereza, mi envidia, mi despreocupación, mi enfado tonto, mis juergas y